

Contrastes

Luis Rubio

En 2018 se manifestaron dos Méxicos contrastantes, pero igualmente válidos y representativos: el de una población enojada y resentida que quiere cambiar su realidad, aunque no tenga un rumbo claro, y el de otra que quiere tener acceso a una educación moderna, una exitosa inserción global y una capacidad real para elevar la productividad en un contexto de Estado de derecho y reglas del juego claras. La primera cohorte votó masivamente por AMLO y espera resultados pronto. La segunda vio mejoras a lo largo de las últimas décadas pero no está satisfecha. Votaron diferente, pero enfrentan -enfrentamos- los mismos desafíos.

Los resultados electorales a nivel regional del día de la elección de 2018 son por demás reveladores: la abstención fue relativamente elevada en las regiones en que las cosas han mejorado sustantivamente, en tanto que ésta fue muy baja en las zonas en que no ha habido crecimiento. Es decir, la gente no está satisfecha con el ritmo de avance, pero toda quiere progresar, toda quiere mejorar. La paradoja, demostrativa en sí misma, es que quienes se han beneficiado (como en Aguascalientes, Querétaro y, en general, en el norte y este del país) están insatisfechos por no mejorar con la suficiente rapidez, en tanto que quienes no se han beneficiado para nada demandan ser incluidos en los beneficios. Nadie quiere ir para atrás: lo que demandan todos es ir más rápido, pero con mejor distribución de los beneficios.

No son dos proyectos de país, son dos realidades contrastantes luego de décadas de reformas parciales, insuficientes y, en muchos casos sesgadas. Las reformas iniciadas en los ochenta fueron inevitables porque el modelo de desarrollo que había sido tan exitoso en la era de la postguerra dejó de funcionar y, al intentar extremarlo a lo largo de los setenta, provocó el colapso de las finanzas gubernamentales en 1982, lustros de crisis económicas y casi hiperinflación. No es cierto que el país estuviera en el nirvana al inicio de los ochenta: más bien, se trató de un espejismo producto de un instante de elevados precios de petróleo y de mucha disponibilidad de deuda externa, ambos, como hubiera dicho López Velarde, escriturados por el diablo.

El problema de las reformas no fue su imperiosa necesidad, sino el criterio que las guió: se hicieron reformas no para alterar el statu quo, sino para hacerlo viable. El objetivo era reactivar la economía luego de años de interminables crisis para que el viejo sistema político se mantuviera intacto. Bajo esta premisa, no es casualidad que muchos cacicazgos políticos, sindicales y empresariales preservaran sus privilegios, haciendo imposible el progreso de vastas regiones del país, sectores de la economía y partes de la sociedad. Tampoco es sorprendente que se

mantuvieran elevados índices de pobreza y marginación o que la corrupción persistiera.

No hay que olvidar que las reformas fueron impulsadas por los tecnócratas y limitadas por los políticos, cuyo entreluzgo produjo inevitables contradicciones y contrastes. Lo irónico de los planteamientos de AMLO es que ha excluido a quienes serían sus mejores aliados en la satisfacción de las demandas de todos los mexicanos: igual aquellos que se sienten insatisfechos a pesar de que les ha ido relativamente bien y aquellos que están insatisfechos porque no han mejorado para nada. La gente sabe muy bien lo que quiere; lo que quizá no sepa es cuál es la mejor forma de lograrlo. Quizá esto explique el enorme contraste entre la aprobación de que goza el presidente en su persona y el poco apoyo que reciben sus iniciativas. Puesto en términos coloquiales: ningún mexicano querría seguir viviendo de un trapiche cuando aspira a vivir como viven quienes aparecen en la televisión. La solución no es ir hacia atrás, sino apresurar el paso hacia adelante bajo la premisa de la inclusión y la movilidad social. Ahí es donde AMLO podría verdaderamente transformar a México.

Si el escenario es tan evidente, ¿por qué no hay manifestaciones masivas a favor de una mejor educación, reglas claras y confiables y fin a la extorsión y la impunidad? Sin duda, gran parte de la explicación reside en la realidad de los cacicazgos en el país: no importa el ámbito en el que cada mexicano se mueva, siempre hay un poder real que limita esa movilidad. Algunos son muy obvios, como las mafias del crimen organizado y las de la educación, como la CNTE, pero otros son más sutiles: las dádivas clientelares que le encantan al presidente tienen el efecto de apaciguar en lugar de resolver problemas; la manipulación que ejercen los medios electrónicos cierra, en lugar de abrir, oportunidades a quienes viven más alejados de las posibilidades de desarrollo que ofrece, y exige, el mundo de hoy; y, no menos importante, el hartazgo producido por décadas de promesas y evidencia de corrupción. La gente no es tonta y si entiende, pero sus posibilidades de actuar son escasas en ausencia de condiciones propicias o presencia de liderazgos opresivos.

El resultado electoral de 2018 fue producto de reformas insuficientes que dejaron insatisfecha a la mayoría de la población. Es tiempo de asumir responsabilidades y construir un nuevo futuro. Ojalá el presidente estuviera dispuesto a encauzarlo.

@lrubiof

ÁTICO

Algunos mexicanos han mejorado, otros se han rezagado, pero todos aspiran a una mejor vida; nadie quiere ir para atrás.

Las obras de don Eugenio

Enrique Krauze

En los recientes alegatos oficiales sobre el asesinato de Eugenio Garza Sada hay una omisión significativa: la del propio Garza Sada. Ignoro si los “valientes jóvenes” que lo asesinaron aquel 17 de septiembre de 1973 sabían quién era y qué había hecho. No sé si las autoridades del INEHRM y otros voceros saben quién fue ni qué hizo, aunque siendo custodios de la memoria deberían saberlo. Pero para eso está la historia, para recordar. Y ahora, más que nunca, importa recordar quién era y qué hizo Eugenio Garza Sada.

Perteneció a la Generación de 1915, que en los más diversos campos de la cultura, la educación, la salud, la hacienda pública, la empresa privada, la ciencia y la vida sindical construyó las instituciones de todo orden que, frágilmente, aún nos sostienen. Nacidos a fines del siglo XIX, vivieron la Revolución como un vendaval de pasiones, pero también de revelaciones. “¡Existía México!”, escribió Manuel Gómez Morín, recordando 1915 como el año en que se perfiló “un nuevo valor de la inteligencia en la vida”. Ese valor era la aplicación de la técnica para aliviar el dolor ancestral del pueblo mexicano. La técnica no como instrumental egoísta. La técnica que incorpora a la ciencia “pero a la vez la supera, realizándola subordinada a un criterio moral, a un ideal humano”.

El joven ingeniero graduado del MIT en 1914, que regresó pocos años después a México a reconstruir junto con don Isaac, su padre, y su hermano Roberto, la Cervecería Cuauhtémoc, participaba de ese mismo espíritu. No es casual que, a raíz de la crisis de 1929, fuese Gómez Morín -creador del Banco de México- quien le sugiriese una inédita emisión de obligaciones que salvó a la empresa y permitió su formidable expansión fincada en cinco estrategias: la sustitución de insumos que provenían del exterior; la promoción de nuevas ideas y avances tecnológicos; la autosuficiencia energética regional; el uso de nuevos instrumentos de financiamiento; la diversificación de nuevas plantas (cajas, etiquetas, corcholatas, malta, empaque, vidrio, acero).

¿Qué tiene que ver todo esto con el criterio moral, el ideal humano? Tiene todo que ver. “El lucro no es renta para satisfacciones egoístas -decía don Eugenio- sino instrumento de reinversión para el progreso económico y social”. Desde los años veinte, decenas de miles de empleados de la Cervecería Cuauhtémoc y las empresas que armoniosamente dirigiría con su hermano Roberto, contaban con servicios médicos, educativos, legales, re-

Tenía tres trajes oscuros y un sombrero, tocaba el piano en familia, cultivaba su jardín, ponderaba el trabajo manual, era buen mecánico, sabía escuchar.

creativos, de guardería, despensa y vivienda. Con ese mismo sentido, el patriarca estableció programas de capacitación para trabajadores y becas para sus hijos, financió hospicios, construyó las instalaciones de la Cruz Roja, creó el cuerpo de bomberos, creó a los Sultanes de Monterrey y el Salón de la Fama del Beisbol. Su obra cumbre, el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, es hoy la universidad privada más reconocida de México en el mundo. Al final de su vida, a sabiendas de que el Estado pretende siempre acotar el valor supremo de la libertad, buscó consolidar una presencia en la televisión. Alevosamente, Echeverría bloqueó su entrada a la prensa.

“Por sus obras los conoceréis”. Si alguien en México cumplió con el mandamiento evangélico, fue Eugenio Garza Sada. Como los estoicos o los primeros cristianos, no dejó libros ni tratados sino apoteogmas y leyendas sobre las virtudes que transmitió a sus hijos: sencillez, cortesía, tolerancia, paciencia, gravedad, precisión, rigor, templanza, veracidad, laboriosidad, modestia. Franciscano natural, dormía en una pequeñísima recámara (bajo un crucifijo, su cama, un taburete, una lámpara, un armario; frente a él, las fotografías de sus padres). Tenía tres trajes oscuros y un sombrero, tocaba el piano en familia, cultivaba su jardín, ponderaba el trabajo manual, era buen mecánico, sabía escuchar.

Este fue el hombre que, a sus 81 años de edad, murió pistola en mano defendiéndose de los “valientes jóvenes” de la Liga Comunista 23 de Septiembre que (con conocimiento del gobierno, que alentaba la discordia) intentaban secuestrarlo. Los guerrilleros representaban principios que sembraron de muerte el Siglo XX. El empresario representaba principios que sembraron vida, y aún florecen.

1 Gabriela Recio Cavazos: Don Eugenio Garza Sada: Ideas, acción, legado. TEC, 2017.
www.enriquekrauze.com.mx

ÁTICO

Fue un empresario ejemplar. Representaba la técnica al servicio pleno del hombre.

Reputación, redes sociales y derechos humanos

Ricardo Homs

Es notorio que el contexto social actual ha exacerbado el ánimo colectivo, generando incredulidad y desconfianza respecto a la información que nos llega a través de medios masivos de comunicación y de las redes sociales. A final de cuentas vivimos en un mundo regido por percepciones.

El acoso informativo parece ser una constante, pues no es casualidad que los temas que se convierten en tendencia nos llegan repetidamente por redes sociales, reenviados de buena fe por amigos, familiares o simplemente conocidos que pretenden mantenernos informados, con lo cual, la repetición nos genera la percepción de importancia y relevancia. De este modo damos crédito a las Fake News o noticias falsas y entramos de lleno en la dinámica de la posverdad y su complejidad emocional, lo cual nos genera el grave riesgo de ser víctimas de manipulación. Además, nos predispone a actuar de modo reactivo y visceral porque nos pone a la defensiva y nos vuelve irracionales.

Sin embargo, poco se ha hablado del gran peligro que esto representa, pues nos enfrenta al riesgo de ser víctimas de bullying colectivo o linchamientos mediáticos, generalmente a partir de infundios y descalificaciones que buscan destruir nuestra reputación para ponernos en posición vulnerable. Es importante destacar que el objetivo de descalificaciones e infundios es masacrar la reputación y el buen nombre de personas o instituciones porque así se destruye la credibilidad. Después de ser convertida en paria social y político, la persona o institución quedan en posición vulnerable para recibir la estocada final con el beneplácito público.

Grandes injusticias se cometen bajo esta dinámica social. Sin embargo, no todo es espontáneo en las redes sociales, pues este fenómeno de impacto global muchas veces responde a campañas de manipulación creadas por profesionales, que están al servicio de quien les pueda contratar sus servicios. Lo inofensivo que parece ser este fenómeno creado a

partir de las redes sociales, le convierte en altamente peligroso.

Es importante destacar que la complejidad de este fenómeno reside en una premisa fundamental: pretender controlar los contenidos de las redes sociales para evitar los excesos que se dan al amparo del anonimato y así frenar las afectaciones al buen nombre y reputación de personas e instituciones, puede llevarnos a actos equiparables a censura y a limitar la libertad de expresión y el derecho a la información, que son dos valores fundamentales de la democracia. Por tanto, el único camino viable es crear una cultura de respeto al buen nombre y la reputación, pues de ello depende la credibilidad y la confianza que la sociedad deposita en personas e instituciones.

En este contexto de desconfianza y pérdida de credibilidad, la reputación de personas e instituciones, se convierte en un capital de alto valor, que conservarlo y mantenerlo puede llevar toda una vida, pero para perderlo, basta un error o una campaña de desprestigio estructurada con alto impacto emocional. Basta analizar las campañas electorales de hoy, que ya no se ganan con base en propuestas serias para convencer al electorado, sino a partir de estrategias de desgaste para restarle credibilidad al competidor o adversario, lo cual puede terminar enlodando a todos los participantes. Esto es lo que ha generado el descrédito de la política. No gana el mejor de los candidatos, sino quien terminó menos desacreditado.

Se requiere un trabajo arduo para cambiar este contexto, pero es necesario intentarlo con estrategias de sensibilización pública para generar una tendencia de respeto al derecho de preservar la honorabilidad de un nombre. Sólo así podremos revertir la desconfianza y la incredulidad, que se están convirtiendo en una actitud cotidiana.

Mayor información de este tema en:
www.fororeputacionyderechoshumanos.com

¿Usted cómo lo ve?
Twitter: @homsricardo

4 desafíos de la 4T

Alberto Aziz Nassif

Para empezar a resolver los grandes problemas del país se necesita superar lo que hicieron mal o dejaron de hacer los últimos tres gobiernos: en 2000-2006, una alternancia que fue más de lo mismo; 2006-2012, una violencia que volvió a México un cementerio; 2012-2018, una enorme corrupción, con impunidad y violencia. En todos esos años se mantuvo la pobreza prácticamente en los mismos niveles. En 2018 las expectativas de cambio llevaron a 30 millones de ciudadanos a optar por la opción que ofreció un nuevo proyecto nacional, la famosa 4T. Y aquí estamos, pero ¿cuáles son los principales desafíos de este gobierno?

Lo que vemos todos los días son las expresiones de los graves problemas nacionales: corrupción, injusticia, impunidad, pobreza. A diario escuchamos un debate sobre las decisiones de la 4T, así son las democracias. Lo que no se observa a simple vista, en las redes y los medios, son los obstáculos estructurales que están detrás de estos problemas y que se pueden sintetizar en: una captura del Estado por grupos de interés político, económico, criminal, que han llevado a México a su condición actual.

Para enfrentar la grave situación del país se tienen que cambiar las políticas en cuatro áreas que son los desafíos de este gobierno: el primero es la seguridad pública que se necesita construir para bajar las altas tasas de violencia que todos los días muestran a un país más cruento. Un México que ha normalizado los horrores de la violencia cotidiana. Hasta el momento el Estado no ha podido romper la captura y empezar la pacificación ofrecida. No sabemos si en algún momento comenzarán a bajar los altísimos índices delictivos. Un paso muy positivo es la iniciativa de la Ley de Amnistía para liberar a los más vulnerables, indígenas, presos políticos, mujeres que abortaron.

Un segundo desafío tiene que ver con la recuperación del Estado en materia de combate a la corrupción, como la expropiación ilegal y generalizada de recursos públicos. En estos días hemos visto que hay un cambio para endurecer las reglas en contra de la evasión fiscal. Según la directora del SAT el problema de las facturas falsas, el fenómeno de los “facturos”, es una industria que creció 21 veces en el último sexenio para generar una gran evasión y un enorme lavado de dinero (entrevista en Arnestegui noticias); un mundo criminal que hace pareja con las empresas fantasmas.

Para enfrentar la grave situación del país se tienen que cambiar las políticas en cuatro áreas que son los desafíos de este gobierno: el primero es la seguridad pública que se necesita construir para bajar las altas tasas de violencia que todos los días muestran a un país más cruento.

El Estado mexicano tiene una muy baja recaudación, lo cual produce una debilidad estructural para enfrentar sus obligaciones. AMLO no quiere hacer una reforma fiscal hasta la segunda mitad del sexenio, lo cual es un error; esperemos que se logre bajar la evasión y suprimir las condonaciones, todo lo cual ha llevado a algunos despistados a decir que se trata de “terrorismo fiscal”.

Un tercer desafío es el bienestar social. En esta agenda se han cometido aciertos y errores. Sin duda, un acierto importante fue romper la inercia del castigo de bajos salarios y empezar a revertir una tendencia de más de 30 años. El combate a la corrupción pasa por limpiar los negocios entre privados y gobierno, pero aquí se encontró un embudo en el sector de salud, en donde se ha complicado el abasto de medicamentos y se han tenido múltiples quejas justificadas. También hay críticas válidas al enfoque de los programas sociales, porque el reparto directo de recursos, sin una transición ordenada o sin controles de utilidad, generan dudas sobre la efectividad para lograr un mejor bienestar.

El cuarto desafío apunta hacia el mundo de los derechos y libertades, hacia la necesidad de mejorar nuestra vulnerada democracia. Es importante cuidar que no haya acciones graves que lastimen los espacios democráticos. Se ha ensanchado la libertad de expresión, pero hay una polarización del discurso presidencial que ha generado mucho malestar, sobre todo por la enorme brecha de poder que hay entre AMLO y sus adversarios, a los que califica de “conservadores” y “fifis”. ¿Podrá la 4T enfrentar el desencanto democrático que generó la partidocracia?

¿Podrá la 4T empezar a resolver estos dilemas?
Twitter: @AzizNassif